



LA INCREÍBLE SILLA DE MI ABUELA

Y SUS CUENTOS DE
TIEMPOS DE HADAS

FRANCES BROWNE



INTERZONA

LA INCREÍBLE SILLA DE MI ABUELA

Y SUS CUENTOS DE
TIEMPOS DE HADAS





LA INCREÍBLE SILLA DE MI ABUELA

Y SUS CUENTOS DE
TIEMPOS DE HADAS

TRADUCCIÓN DE LAURA ESTEFANÍA

ILUSTRACIONES DE OSCAR SENONEZ

FRANCES BROWNE

INTERZONA

INTERZONA

Colección Déjà vu. Serie Fantasy

Browne, Frances

La increíble silla de mi abuela y sus cuentos de tiempos de hadas / Frances Browne; editor literario Laura Estefanía ; ilustrado por Oscar Senonez - 1a ed. -

Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.

144 p. : il. ; 21 x 13 cm. - (Déjà vu)

Traducción de: Laura Estefanía.

ISBN 978-987-3874-97-0

1. Cuentos. I. Estefanía, Laura, ed. II Senonez, Oscar, illus. III.

Estefanía, Laura, trad. IV. Título.

CDD Ir823.9282

Granny's Wonderful Chair and Its Tales of Fairy Times

Primera edición: J. M. Dent & Sons, Londres, 1856

© Traducción, Laura Estefanía

© Ilustraciones, Oscar Senonez

© interZona editora, 2025

Pasaje Rívarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Título original: *Granny's Wonderful Chair and Its Tales of Fairy Times*

Textos: Frances Browne

Traducción: Laura Estefanía

Corrección: Mónica Campos

Ilustraciones: Oscar Senonez

Diseño de tapa y portadas: Leila Gamba

Composición de interior: Brenda Wainer

Cuidado de edición: Laura Estefanía

ISBN 978-987-3874-97-0

Impreso en China. *Printed in China*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

FRANCES BROWNE

Hace muchos años vivía en Irlanda, en una aldea de montaña, una mujer que había quedado ciega desde su infancia, como consecuencia de una enfermedad. Si bien su familia sostenía una situación económica muy ajustada, ella era inmensamente rica. Su tesoro no estaba hecho de monedas de oro ni de piedras preciosas, no. Era un tesoro que no se guardaba en arcones o bajo llave. Estaba hecho de sensaciones y de palabras. Los escenarios, las situaciones y los personajes que pueblan sus historias son de una nitidez impactante. Pocas escenas en la literatura son tan coloridas y cargadas de efectos especiales, tan mágicas, que hasta les darían celos a muchos productores audiovisuales en la actualidad. Todos los elementos que conforman sus creaciones: enanos, hadas, gigantes, palacios sumergidos y sillas todo terreno brotaron de escuchar las palabras de otros, de sus once hermanos, de sus padres, y de todo lo que le contaban y leían sus amigos y familiares, a quienes Frances escuchaba con un apetito voraz, mientras hilaba sus propias historias de líneas definidas y tramas muy consistentes. Frances Browne (1816-1879), “la poeta ciega de Ulster”, era una ávida lectora de Byron, Dante, Scott y Homero, cuyos textos aprendió de memoria, y cuyas palabras entretejió con las propias ampliando al infinito un universo narrativo mucho más que fantástico. Browne vivió de su producción escrita, y sus colaboraciones en periódicos la ayudaron a mantener a su familia.



LA INCREÍBLE SILLA DE MI ABUELA Y SUS CUENTOS DE TIEMPOS DE HADAS

El libro de cuentos *La increíble silla de mi abuela y sus cuentos de tiempos de hadas*, publicado en 1857, es un conjunto de nueve relatos enmarcados, uno más fascinante que el anterior. Los vincula la voz clara y suave que proviene de debajo del almohadón de la silla y que va hilvanando un cuento detrás del otro para un selecto grupo de lores y damas. También los escucha la codiciosa Reina Todoparamí, la caprichosa Princesa Nadamealcanza y el pobre Rey Hazmerrico, cuyos frecuentes episodios de desánimo solo los cuentos de la silla pueden aliviar. Frances Browne escribe estos relatos en plena era victoriana y se hace eco de la imagen idílica de la infancia que imperaba entonces. La autora irlandesa le pone ruedas a la silla de su libro y saca a la protagonista a toda velocidad por la puerta para llevarla a un reino remoto. Los protagonistas de los cuentos realizan el movimiento análogo, espejo del de los irlandeses de aquella época, que emigraban empujados por el hambre y las carencias: buscaban su fortuna sin pausa ni descanso en espacios alejados. En este libro, estos lugares son el país de las hadas, el valle de los gigantes o el enigmático y casi siniestro reino sumergido, gobernado por un tritón de dudosas intenciones. Resulta más que admirable el talento de Browne, autora ciega, que logra no solo visualizar esos paisajes y personajes riquísimos, sino pintarlos con palabras tan potentes que cautivan intensamente a sus lectores.



INTRODUCCIÓN





En el pasado, hace mucho tiempo, cuando había hadas en el mundo, vivía una niña pequeña tan hermosa y agradable que la llamaban Flordenieve. La niña era buena, además de bonita. Nunca nadie la había visto enojada ni le había oído decir una mala palabra. Tanto los niños como los ancianos se alegraban cuando la veían venir. Flordenieve no tenía otros parientes más que su abuela, muy anciana, a la que llamaban doña Cara de Escarcha. La gente no la quería tanto como a su nieta, porque ella sí se enojaba bastante, aunque siempre era buena con Flordenieve. Vivían juntas en una pequeña cabaña construida con turba y con techo de paja, al borde de un gran bosque. La parte trasera de la casa estaba resguardada de los vientos del norte por árboles altos. El sol del mediodía entibiaba y alegraba el frente. Las golondrinas construían sus nidos en los aleros. Junto a la puerta crecían espesos arbustos de margaritas. Pero no había nadie en ese país más pobre que Flordenieve y que su abuela. Todos los animales con que contaban eran un gato y dos gallinas. Su cama estaba hecha de pasto seco y el único mueble aceptable de la cabaña era una gran silla con ruedas. Tenía un almohadón de terciopelo negro y unos grabados raros de flores y cervatillos en su enorme respaldo de roble. Doña Cara de Escarcha se sentaba en esa silla y trabajaba desde la mañana hasta la noche para mantener a ambas, mientras Flordenieve recogía leña para el fuego, cuidaba a las gallinas y al gato, y cumplía con todo lo que su abuela le pedía. No había nadie en el condado que pudiera hilar como lo hacía doña Cara de Escarcha, pero era un proceso muy lento. Su rueca era tan vieja como ella y mucho más gastada; tanto, que era increíble que no estuviera ya hecha pedazos. De modo que los ingresos de la dama eran muy reducidos y las dos vivían

ajustadamente. Aun así, Flordenieve no sentía la necesidad de grandes comidas o de ropas finas. Cada noche, cuando avivaba el fuego encendido con las ramitas que había juntado hasta que ardían y crujían en la chimenea de la cabaña, doña Cara de Escarcha ponía a un lado su rueca y le contaba una nueva historia. A menudo la pequeña se preguntaba de dónde había sacado su abuela tantas historias, pero pronto lo supo. Una mañana soleada, a la hora a la que llegan las golondrinas, la señora se levantó, se puso la capucha y la manta gris que vestía cuando llevaba su hilo a las ferias, y dijo:

—Mi niña, haré un largo viaje para visitar a una tía que vive lejos en el norte. No puedo llevarte conmigo, porque mi tía es una mujer de carácter malísimo y nunca quiso a la gente joven, pero las gallinas pondrán huevos para ti. Hay cebada en el barril y, como has sido una buena niña, te diré qué hacer cuando te sientas sola: apoya suavemente la cabeza sobre el almohadón de la silla y di: “Silla de mi abuela, cuéntame una historia”. Fue construida por un hada habilidosa que vivía en el bosque cuando yo era joven y me la dio porque sabía que nadie la cuidaría mejor que yo. Recuerda: no debes pedir más de una historia por día y, si se presenta la oportunidad de viajar, solo siéntate en ella y di: “Silla de mi abuela, llévame a tal lugar”. Te llevará adonde tú quieras, pero no olvides aceitar las ruedas antes de partir, pues me he sentado en ella durante los últimos cuarenta años en ese mismo rincón en el que está ahora.

Dicho esto, doña Cara de Escarcha emprendió el viaje para ver a su tía que vivía en el norte. Flordenieve recogió leña y cuidó a las gallinas y al gato como lo había hecho siempre. Luego se preparó unos pasteles con la harina de cebada, pero cuando llegó la noche, la cabaña se veía muy solitaria. Entonces Flordenieve recordó las palabras de su abuela y, mientras apoyaba la cabeza suavemente sobre el almohadón, dijo: “Silla de mi abuela, cuéntame una historia”. Apenas hubo terminado de pronunciar estas palabras, una voz clara que venía de debajo del almohadón de terciopelo comenzó a contar una maravillosa y nueva historia. Sorprendió tanto a Flordenieve que le hizo olvidar el miedo. A partir de ese momento la niña ya no se sintió sola. Cada mañana, se preparaba

un pastel de cebada, y cada tarde la silla le contaba una nueva historia. Nunca pudo descubrir a quién pertenecía la voz y, aun así, Flordenieve le demostraba su gratitud: lustró el respaldo de roble y sacudió el almohadón de terciopelo muchas veces hasta que la silla llegó a parecer como nueva. Arribaron las golondrinas y anidaron en el alero. Las margaritas crecieron más exuberantes que nunca junto a la puerta, pero grandes desgracias cayeron sobre Flordenieve. A pesar de todos sus cuidados, olvidó cortar las alas de las gallinas, y una mañana volaron a visitar a sus amigos los faisanes, que vivían en lo profundo del bosque. El gato las siguió para visitar a sus parientes, y la cebada se acabó, y solo quedaron unos pocos puñados. Muchas veces Flordenieve forzó la vista con la esperanza de ver el manto gris en la lejanía, pero nunca notaba rastro alguno de doña Cara de Escarcha.

“La abuela se demora mucho”, se decía Flordenieve. “Y muy pronto no quedará nada para comer. Si pudiera verla, tal vez me diría qué hacer. Y este es un buen motivo para emprender un viaje”.

Al día siguiente al amanecer, Flordenieve aceitó las ruedas de la silla, preparó un pastel con lo poco de cebada que quedaba, lo apoyó sobre el regazo, a modo de provisiones para el viaje, se sentó y dijo:

—“Silla de mi abuela, llévame por el mismo camino que tomó ella”.

En ese momento la silla hizo un crujido y comenzó a desplazarse. Salió de la cabaña y se internó en el bosque por el mismo camino que había tomado doña Cara de Escarcha, y avanzaba a tanta velocidad como un carruaje tirado por seis caballos.

A Flordenieve la sorprendió mucho esta forma de viajar, pero la silla no se detuvo y viajó todo ese día de verano hasta que, cuando se estaba poniendo el sol, llegaron a un claro en el que cien hombres talaban los árboles con sus hachas, otros cien los iban cortando para hacer leña, y veinte carreteros, con sus caballos y carretas, se llevaban la madera.

—“¡Silla de mi abuela!, ¡detente!” —dijo Flordenieve, porque se sentía cansada y también porque quería saber qué estaba pasando.

La silla inmediatamente se detuvo, y Flordenieve, al ver a un leñador que parecía amable, se le acercó y le dijo:

—Buen hombre, ¿podría decirme por qué están cortando toda esta madera?

—¡Qué niña de campo tan ignorante! —respondió el hombre—. ¿No has oído hablar del gran banquete que nuestro soberano, el Rey Hazmerrico, planea ofrecerle a su única hija, la Princesa Nadamealcanza, para su cumpleaños? Durará siete días, están todos invitados, y esta madera servirá para asar la carne de los bueyes y de las ovejas, de los gansos y de los pavos, entre los que cunden los lamentos en todo el territorio.

Cuando Flordenieve escuchó esto, no pudo evitar querer ver ese banquete tan noble o, incluso tal vez, participar en él, después de haber estado comiendo nada más que pasteles de cebada durante tanto tiempo. Así que se sentó y dijo:

—“Silla de mi abuela, llévame rápido al palacio del Rey Hazmerrico”.

Apenas hubo dicho estas palabras, la silla arrancó, avanzó por entre los árboles y salió del bosque para gran asombro de los leñadores, quienes, como nunca habían visto algo así antes, dejaron caer sus hachas, se bajaron de sus carros y siguieron a Flordenieve hasta las puertas de una ciudad enorme y espléndida, fortificada con duras murallas y altas torres, que se elevaba en medio de una amplia llanura cubierta de maizales, huertos y poblados.

Era la ciudad más rica de todo el país. Mercaderes de todos los rincones del reino iban allí a comprar y vender, y corría un rumor que decía que, con solo vivir siete años en ese lugar, cualquiera podría amasar una gran fortuna. Pero por ricos que fueran todos, para Flordenieve no había caras más infelices e insatisfechas que las que veía asomarse de los grandes negocios, mansiones y lujosos carruajes, mientras ella avanzaba en su silla por las calles. Efectivamente, sus habitantes no tenían fama ni de bien dispuestos ni de honestos. No pasaba esto cuando el Rey Hazmerrico era joven y gobernaba junto con su hermano, el Príncipe Ingenioso. Ingenioso era un príncipe de notable sabiduría y prudencia. Conocía muy bien

el arte de gobernar, el carácter de los hombres y los poderes de las estrellas. Además, era un gran mago, y se decía que nunca moriría ni envejecería. En esa época no existían el descontento ni la enfermedad en la ciudad. Se recibía a los extranjeros con gran hospitalidad sin hacerles preguntas ni cobrarles nada. No había demandas legales y nadie cerraba con llave la puerta por la noche. Las hadas venían de visita para los desfiles y las festividades, porque eran amigas del Príncipe Ingenioso. Todas menos una de ellas, que se llamaba Fortuneta, un hada corta de vista, pero muy astuta, que odiaba a todos los que eran más inteligentes que ella; al príncipe, muy especialmente, porque nunca podía engañarlo.

Reinaron la paz y el placer durante muchos años en la ciudad del Rey Hazmerrico, hasta que, un día de verano, el Príncipe Ingenioso se internó solo en el bosque en busca de una hierba extraña para su jardín y nunca regresó. Y aunque el rey con todos sus guardias lo buscaron cerca y lejos, nunca volvieron a tener noticias de él. Cuando su hermano se fue, el Rey Hazmerrico se sintió muy solo en el enorme palacio, así que se casó con cierta princesa llamada Todoparamí y la llevó a casa para que fuera su reina. Esta princesa no era ni bella ni agradable. La gente creía que le había hecho un encantamiento al rey para enamorarle, porque toda su dote no era más que una isla desierta con un gran pozo que nunca podía llenarse, y era tan codiciosa que, cuanto más obtenía, más deseaba. Al cabo de algún tiempo, el rey y la reina tuvieron una única hija que sería la heredera de todos sus dominios. Su nombre era Princesa Nadamealcanza, y toda la ciudad se juntaba para celebrar su cumpleaños, no porque quisieran especialmente a la princesa, que se parecía mucho a su madre tanto en lo físico como en su personalidad, sino porque, al ser la hija única del Rey Hazmerrico, venía gente de cerca y de lejos a la fiesta, y entre ellos había extranjeros y hadas que no habían estado allí desde los tiempos del Príncipe Ingenioso.

Había un alboroto inédito en el palacio, un edificio por demás noble, y tan amplio que contaba con una sala para cada día del año. Todos los suelos eran de ébano, y todos los cielorrasos eran

de plata. Circulaban tantos platos de oro que quinientos soldados armados montaban guardia día y noche para que no robaran ninguno. Cuando estos soldados vieron a Flordenieve y a la silla, corrieron uno tras otro para avisarle al rey, porque nunca se había visto ni se había oído nada como ello en todos esos dominios. La Corte entera abarrotó las calles para ver a la joven y a la silla que se movía sola.

Cuando Flordenieve vio a los señores y a las damas en sus magníficos trajes bordados y con sus joyas espléndidas, se avergonzó de los pies descalzos y de su vestido de tela ordinaria. Finalmente tomó coraje y respondió todas las preguntas y les contó todo lo que querían saber sobre su silla maravillosa. A la reina y a la princesa no les interesaba nada que no fuera dorado. Los cortesanos se comportaban igual que ellas, así que mostraron gran desprecio por la silla, con la excepción del viejo rey, quien, con la idea de que la silla podría entretenerlo cuando se encontrara desanimado, le permitió a Flordenieve quedarse a comer con la servidumbre en la peor cocina. A la niña pobre le venía bien cualquier lugar, aunque nadie la hizo sentir bienvenida, pues hasta la servidumbre le menospreciaba los pies descalzos y sus ropas ordinarias. Solo la dejaron colocar su silla en un rincón polvoriento detrás de la puerta trasera, adonde le dijeron a Flordenieve que podía dormir de noche y comer las sobras que el cocinero descartaba.

Ese mismo día se dio inicio al banquete. Era un gusto ver a la multitud de carruajes y gente de a pie y a caballo que atiborraban el palacio y ocupaban todas las salas de acuerdo con su rango. Flordenieve nunca antes había visto que se preparase tanta comida junta. Había vino para los señores y cerveza especiada para la gente común, música y baile de todo tipo, y los vestidos más elegantes. A pesar de toda esa animación, no parecía haber mucha alegría, y el mal humor inundaba el palacio.

Algunos de los invitados sentían que los tendrían que haber recibido en salones más grandiosos. Otros estaban enfadados porque había invitados más finos que ellos. Todos los sirvientes estaban disgustados porque no habían recibido regalos. A cada

rato atrapaban a alguien que estaba robando las copas, y permanentemente había gente en las puertas exigiendo mercaderías y tierras que la Reina Todoparamí les había quitado. Los guardias los alejaban todo el tiempo, pero regresaban y se los oía muy bien desde el salón principal del banquete. No es para sorprenderse, entonces, que el ánimo del rey estuviera por el piso esa noche después de cenar. Su paje preferido, que siempre se paraba detrás de él, se dio cuenta y le recordó al rey sobre la silla y la niña.

—Es una buena idea —dijo el Rey Hazmerrico—. Hace muchos años que no escucho una historia. ¡Traigan a la niña y a la silla en este instante!

El paje preferido envió un mensaje a la primera cocinera, que se lo comunicó al maestro cocinero. El maestro cocinero se lo pasó a la ayudante de cocina, y la ayudante de cocina se lo transmitió a la jefa de las sirvientas. La jefa de las sirvientas se lo comunicó al encargado de limpieza, y este a su vez se lo hizo saber a Flordenieve: que se lavara la cara, que le pasara un trapo a la silla y que se dirigiera al salón principal donde se celebraba el banquete, pues el Rey Hazmerrico quería escuchar una historia.

Nadie se ofreció para ayudarla, pero después de que Flordenieve se terminó de lavar lo mejor que pudo con agua y jabón, y después de limpiar la silla hasta que pareció que nunca hubiera habido polvo sobre ella, se sentó y dijo:

—“Silla de mi abuela, llévame hasta el salón principal”.

Al instante, la silla salió de la cocina con paso solemne y majestuoso, subió las escaleras y entró en el salón. Allí estaban reunidos los grandes señores y las damas del reino, además de muchas hadas y gente importante de distintos países. Desde la época del Príncipe Ingenioso, no se congregaba semejante grupo en el palacio. Lo menos que lucían eran trajes de satén bordados. El Rey Hazmerrico estaba sentado en su trono de marfil y llevaba puesto un manto de terciopelo violeta, rígido de tantas flores de oro que tenía. La reina estaba sentada a su lado con un manto de tela de plata, abrochado con perlas. La Princesa Nadamealcanza estaba más elegante todavía, pues el banquete era en su honor. Llevaba

un manto de tela de oro, abrochado con diamantes. La asistían dos damas de compañía vestidas con trajes de satén blanco, una a cada lado. Una sostenía su abanico, y la otra, su pañuelo. Y dos pajes con libreas de encaje dorado permanecían de pie detrás de su silla. A pesar de todo eso, la Princesa Nadamealcanza se veía sombría y miserable. A ella y a su madre les fastidiaba que hubieran dejado entrar al salón a una niña descalza y a una silla vieja.

La mesa estaba aún cubierta de platos y de los mejores manjares, pero nadie le ofreció ni un bocado a Flordenieve. De modo que, luego de dar muestras de cortesía al rey, a la reina, a la princesa, y a todo aquel refinado grupo que apenas la notó, la pobre niña se sentó en la alfombra, apoyó la cabeza en el almohadón de terciopelo, como solía hacerlo en la vieja cabaña, y dijo:

—“Silla de mi abuela, cuéntame una historia”.

Todo el mundo se asombró muchísimo, incluso la reina fastidiosa y la malévola princesa, cuando, de debajo del almohadón, salió una voz clara que dijo:

—Escucha la historia del cucú navideño.

EL CUCÚ NAVIDEÑO

